

Diáspora y exilio: Crónica de una familia argentina.

Faingold, Eduardo D.

Cita:

Faingold, Eduardo D. (2011). *Diáspora y exilio: Crónica de una familia argentina. XIII Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia de la Facultad de Humanidades, Universidad Nacional de Catamarca, Catamarca.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-071/364>

XI ° JORNADAS INTERESCUELAS / DEPARTAMENTOS DE HISTORIA

Tucumán, 19 al 21 de Septiembre de 2007

Mesa 83: Historia y Memoria de los Exilios Latinoamericanos y Españoles en el Siglo XX

Autor/res-as: FAINGOLD, Eduardo D.

Universidad, Facultad y Dependencia: Universidad de Tulsa, Departamento de Lenguas.
Oklahoma, EEUU.

CARGO DOCENTE: Associate Professor of Spanish.

DIRECCIÓN: 600 S. College Ave. Tulsa OK 74104-3189

TELÉFONO: (918) 631-2354

Fax: (918) 631-2153

E mail: eduardo-faingold@utulsa.edu

TÍTULO: Diáspora y exilio: Crónica de una familia argentina

AUTORIZACIÓN PUBLICAR. Sí

Este trabajo, basado en mi libro *Diáspora y exilio. Crónica de una familia argentina*, presenta un testimonio de las experiencias vividas por mi familia antes, durante y después de la última dictadura militar en Argentina (1976 - 1983). En este trabajo hago uso de mis diarios, entrevistas grabadas en Argentina, Uruguay e Israel, documentos y fotografías de la familia y amigos, y del estudio de obras escritas por politólogos, historiadores y escritores. Primero presento la historia de mi familia desde que esta se estableció en Argentina a fines del siglo XIX. Luego, usando la historia de mi familia como trasfondo, rescato las experiencias anteriores a la decisión tomada por mis padres de irnos a Israel en 1976, la decisión que tomé de irme yo solo a Dinamarca a principios de 1978, y mi vuelta a Argentina a hacer el servicio militar en 1979.

Durante los siete años de la dictadura en Argentina más de treinta mil personas “desaparecieron” o fueron asesinadas por los grupos de tareas militares y por paramilitares, y cerca de dos millones de argentinos fueron al exilio para evitar ser asesinados por la dictadura. Al igual que los “desaparecidos”, los exiliados también fueron víctimas de la “Guerra Sucia” de los militares contra su propio pueblo. Creo que es importante salvaguardar las historias de aquellos años de la represión militar y producir testimonios del daño causado a las víctimas, incluso de aquellos que partieron al exilio para evitar que los militares los asesinen. El objeto de este trabajo es contribuir a la memoria colectiva de Argentina y al concepto de *Nunca Más*, para que esta idea sea más una realidad que una utopía.

UNA FAMILIA ARGENTINA

Mis antepasados maternos por parte de mi abuela Ana Volpin de Turkenich, los Teplitz y los Volpin, dejaron sus aldeas de la región de Grodno, en Bielorrusia, en enero de 1902. Los Teplitz y los Volpin fueron dos de las familias fundadoras de Moisesville en la provincia de Santa Fe, una de las colonias judías más importantes de la Jewish Colonization Association (JCA) en Argentina, propiedad del acaudalado empresario Mauricio Hirsch. En Moisesville introdujeron el cultivo de alfalfa y la producción de leche y a las familias se les entregaron lotes de entre 100 y 150 has. En 1906 mis tatarabuelos Teplitz y Volpin junto con otros colonos entraron en una disputa con la JCA. Por causa de esta disputa, mis antepasados y los otros colonos –gente rebelde y dispuesta a pelear por sus derechos– se fueron de Moisesville. Estas familias judías compraron tierras en el sur de la provincia de Buenos Aires a un terrateniente y en ellas fundaron la colonia de Médanos, a pocos kilómetros de la ciudad de Bahía Blanca. Después de trabajar muy duro desmontando los montes que se hallaban en las propiedades que habían adquirido, se dedicaron primero al cultivo de granos, alfalfa, avena, trigo y, más tarde, a la cría de ganado. Mi bisabuelo Samuel Volpin ganó muchos premios por la calidad del trigo producido en sus campos. Hasta el día de hoy los Volpin se dedican a los cultivos y a la cría de vacunos en Médanos.

Algunos de mis antepasados de esta rama materna de la familia siguieron otros caminos. Un hermano de mi bisabuelo Volpin fue capitán del Ejército Argentino. Fue uno de los pocos judíos ascendido como oficial a rangos superiores en la historia del Ejército Argentino, mucho antes de que en los años 30 se cierre para ellos la carrera milita en el país. Por supuesto, hasta la abolición del servicio militar en Argentina en 1995, muchos jóvenes judíos, incluso miembros de mi familia y también yo, fuimos enrolados como conscriptos en las Fuerzas Armadas, en el marco del servicio militar obligatorio. Otro de mis antepasados, David Volpin, un hermano de mi abuela Ana, emigró en 1948 al kibutz Ein Hashloshá, en el desierto del Negev, en el recientemente creado Estado de Israel. En 1951 David murió asesinado por árabes que intentaron robarle su rebaño de ovejas.

Por el lado de la familia paterna de mi mamá, mi abuelo Zelik Turkenich dejó su pueblo natal Luninec, cerca de Pinsk, en Bielorrusia, en 1923. Partió con rumbo a Argentina poco

tiempo después de que Polonia ocupara la zona oeste de Bielorrusia, durante la guerra entre la recién establecida Unión Soviética y Polonia (1919 - 1921). En Argentina vivía su hermano que había emigrado unos años antes. Zelik tenía 20 años cuando se fue de Luninec. En esa época los judíos de Pinsk corrían peligro por causa de los soldados nacionalistas polacos que eran antisemitas y anticomunistas y que, por orden del gobierno de ocupación polaco, mataban a los judíos acusados de tener antecedentes comunistas en Bielorrusia, Ucrania y el occidente de Rusia. En Pinsk Zelik fue estudiante y militante comunista, pero no fue sionista. Cuando Zelik abandonó Luninec, sus padres, Naftuli Turkenich y Dina Gulman, y también dos de sus hermanas se quedaron en su ciudad natal. Sus otras dos hermanas se fueron de Luninec poco tiempo después, Batsheva a Israel y Rosa a Argentina. Naftuli murió de muerte natural en 1939. En 1940, cuando los nazis invadieron Bielorrusia, Zelik perdió todo contacto con su madre y sus otras dos hermanas. Al llegar Zelik se instaló en Berisso, cerca de La Plata, y allí trabajó en el frigorífico Swift hasta jubilarse. Zelik y su esposa Ana tuvieron dos hijos: Annie (mi mamá), la hija mayor, nació en 1935 e Isaac, el más chico, nació unos años después. Al jubilarse del frigorífico, Zelik se mudó a La Plata, donde fundó una fábrica de artefactos de iluminación. En La Plata fue socio fundador de la Escuela Max Nordau y de la *Keren Hayesod* (la Campaña Unida para dar ayuda económica al Estado de Israel) y participó de muchas actividades culturales, políticas y religiosas de la comunidad judía de La Plata, primero en Max Nordeau y más tarde en la AMIA. En los últimos años de su vida también ofició ocasionalmente de *hazán* (cantor litúrgico).

A semejanza de mis tatarabuelos maternos, mi bisabuelo paterno Marcos Faingold y mi bisabuela Neja Shein junto con sus hijos dejaron una pequeña aldea en Besarabia (Moldavia, Rumania) y partieron rumbo a Argentina en 1890. Eran los primeros años de la inmigración europea a Argentina, vinieron a fundar la colonia judía de Algarrobos, a 15 km de la cabecera del partido de Carlos Casares. Esta también era propiedad de la JCA del Barón Mauricio Hirsch y donde introdujeron el cultivo de girasol por primera vez en el país. En 1890, en el barco rumbo a Buenos Aires, mi bisabuela Neja dio a luz a mi abuelo Abraham Faingold. Al poco tiempo de desembarcar, Neja falleció y fue enterrada en el cementerio de Algarrobos. Ella fue la primera persona enterrada en este cementerio, uno de los primeros cementerios judíos de Argentina. A mi bisabuelo Marcos no le fue bien en el campo de Algarrobos. Por esa razón, los Faingold se

fueron de esta colonia, junto con un puñado de familias y fundaron el pueblo –hoy ciudad– de Roberts, en la zona oeste de la Provincia de Buenos Aires. En Roberts los Faingold se dedicaron al negocio de exportación de cueros, ramos generales y, posteriormente, a la fabricación y venta de artículos de vestir.

UN CHICO ARGENTINO

Nací en la ciudad de La Plata el 6 de septiembre de 1958. Soy hijo de Enrique Faingold y de Annie Turkenich. Mis padres se casaron en 1956 y al año tuvieron su primer hijo, mi hermano Roberto Luis. Yo, Eduardo Daniel, nací once meses y veinte días después; tres años después que mi nacimiento nació Jorge Alberto y trece años después nació mi hermana Paula Inés. Enrique, mi papá, trabajó siempre como ingeniero en el Ministerio de Obras Públicas de la Provincia de Buenos Aires, donde llegó a ser un alto funcionario, y tuvo varios cargos de profesor en la Facultad de Ciencias Exactas de la Universidad Nacional de La Plata. Roberto y yo fuimos a las mismas escuelas primarias, la Escuela Anexa a la Facultad de Humanidades y a la Escuela Hebrea Bialik, y secundarias, el Liceo V Mercante y el *tijón* (secundaria) de la Escuela Hebrea Bialik. Desde los 9 años de edad hasta los 18, Roberto y yo fuimos miembros del movimiento juvenil sionista-socialista Ijud Habonim, afiliado al MAPAM, un partido político de izquierda de Israel. Mis hermanos más chicos fueron a otras escuelas, Jorge estudió parte de la primaria en la Anexa y parte de la secundaria en Bellas Artes y luego en el Normal 3. En 1972 ingresé a la división 3° C del Liceo V Mercante. Me recibí de bachiller en 1976.

En segundo año del secundario descubrí que me gustaba muchísimo leer libros de literatura y estudiar historia y filosofía por cuenta propia. En esa época comencé a faltar a la escuela –a ratearme– para ir a la biblioteca de la Universidad Nacional de La Plata, que quedaba a pocas cuadras de mi casa, en 7 y 60, a leer libros, diarios y revistas. Especialmente me interesaban los temas de la Segunda Guerra Mundial, la Guerra de Vietnam, la Guerra de Secesión de los Estados Unidos, la cultura, música y política de los años 60, y la historia y la literatura argentina y latinoamericana. Casi todos los días leía el diario La Opinión de Jacobo Timerman, el famoso periodista que en la dictadura fue secuestrado y torturado por los militares. En el Liceo, yo no tenía muy claro las ideas políticas que seguía, estas oscilaban entre el

sionismo socialista y un marxismo más internacionalista que nacional. Yo no tenía militancia política argentina, mucho menos armada, fuera del Ijud Habonim, pero tenía muchas disputas políticas con algunos compañeros de la división, principalmente desde que en el 73, en la Asamblea General de las Naciones Unidas declararon al sionismo como racismo. Por ser sionista, A, una compañera que era de la UES (un grupo estudiantil peronista de izquierda de alumnos secundarios), me llamaba “traidor”. A pesar de que también fui a la marcha por el boleto secundario al Ministerio de Obras Públicas, donde irónicamente mi papá era un alto funcionario, que aparece al comienzo de la película *La noche de los lápices*. En el 74 y 75, generalmente en la mesa de los domingos mientras comíamos ravioles o un asado en la casa de mis abuelos, mi hermano Roberto y yo teníamos discusiones políticas muy fuertes con mi abuelo Zelik, que había sido comunista en la Rusia soviética. Nosotros seguíamos la línea del Ijud Habonim de los años 70, que defendía los derechos de los palestinos a tener su propio estado y a devolver los territorios ocupados por Israel en 1967, en la Guerra de los Seis Días. Mi abuelo Zelik se había vuelto sionista de derecha y seguía la línea del Likud, el partido israelí de Menajem Begin que había adoptado las ideas revisionistas de Zeev Jabotinsky. Zelik negaba no solo la creación de un estado palestino sino también la existencia del pueblo palestino en general. En esa misma época, tenía mis propios desacuerdos políticos y discusiones con Zelik. Puesto que yo defendía ideas socialistas (Marx, Lenin, el Ché, etc.), mientras que Zelik era dueño de una fábrica y tenía problemas con sus obreros y empleados por causa de las nuevas leyes laborales decretadas por los peronistas y por las quejas que le hacían sus operarios al Ministerio de Trabajo.

En 1976, durante el comienzo de la última dictadura, mi familia y yo nos tuvimos que ir a Israel porque nos allanaron la casa dos veces, primero el ejército el 30 de marzo y después la Coordinación Federal el 12 de agosto. Antes de los allanamientos, una noche de invierno de 1975, nos habían colocado un artefacto explosivo en la puerta de la casa. Esa noche los expertos en explosivos de la policía fueron a desactivar y a llevarse esa bomba que por suerte no explotó. Nunca supimos quién puso la bomba o por qué, en esa época explotaban bombas todas las noches, a diestra y siniestra. Las dos veces que nos allanaron la casa buscaban a mi hermano Roberto, que en esos momentos estaba en Israel participando de un programa para voluntarios judíos del Ijud Habonim, en el kibutz Rosh Hanikrá. No está claro por qué lo vinieron a buscar a

Roberto. Puede haber sido una denuncia de algún celador del Liceo, perteneciente a la CNU, un grupo católico nacionalista y antisemita de ultraderecha. Mi hermano había tenido peleas con algunos celadores del Liceo por causa del antisemitismo de estos o, quizás, porque lo tenían fichado, porque Roberto había sido delegado de su división en la asamblea de estudiantes durante la lucha por el boleto secundario, como lo muestran al comienzo de la película *La Noche de los Lápices*. En las asambleas de estudiantes secundarios, la mayoría de los delegados eran peronistas, pero también había muchos comunistas y una minoría de delegados socialistas, radicales e independientes como Roberto. Otra posibilidad es que algún compañero del Liceo, secuestrado por los grupos de tareas reveló su nombre bajo la tortura, sabiendo que mi hermano ya estaba fuera del país. De cualquier manera, Roberto era lo que los militares llamaban un “perejil”, una persona cuya vida no valía nada (al perejil en esa época lo regalaban en las verdulerías). Tuvimos mucha suerte que en los allanamientos no se llevaron a ninguno de mis hermanos, ni a mis padres, ni que me hayan secuestrado a mí. En el primer allanamiento vino un Grupo de Tareas del Ejército. Me acuerdo que militares uniformados rompieron la puerta y se robaron un reloj Omega, muy valioso, que pertenecía a mi papá. Uno de los soldados le dijo a mi papá: “señor, disculpe que le rompimos la puerta es que, a veces, nos tiran desde adentro”. Cuando escuché gritos y vi a los militares rompiendo la puerta, rápidamente, como por instinto, abrí la rejilla del tubo de la calefacción y tiré por ahí cuatro libros que tenía en la mesita de luz, de los que me acuerdo hasta el día de hoy: *Las venas abiertas de América Latina* del famoso escritor uruguayo Eduardo Galeano, *Principios elementales y fundamentales de filosofía* del filósofo marxista Georges Politzer y *La muerte de la familia* y *Nudos* de los anti-psiquiatras David Cooper y R. D. Laing.

El segundo allanamiento, cuando vino una patota de la Coordinación Federal vestidos de civil y enmascarados, fue mucho más traumático. Me acuerdo como si fuera hoy que yo estaba parado contra el armario de mi cuarto, en el piso de arriba de la casa, en calzoncillos y que un enmascarado me pegaba cachetadas y golpecitos en la cara con una pistola, mientras que otro enmascarado me preguntaba repetidamente: “¿Dónde está tu hermano Roberto? ¿Son religiosos ustedes?”, y otras cosas que ya no me acuerdo. Al mismo tiempo, de reojo desde la planta alta veía que a mi papá lo tenían de cara al suelo en la planta baja con un fusil en la cabeza y que un hombre canoso, vestido con un piloto marrón, y un enmascarado le hablaban. Mientras ocurría

todo esto, a mi mamá y a mi hermanita pequeña las tenían encerradas en el cuarto de mis padres en la planta alta. Tuvimos mucha suerte que antes del segundo allanamiento, mi papá sin consultarme había quemado casi todos los libros de mi biblioteca que podían indicar que había alguien con ideas de izquierda viviendo en la casa. En esa época no aprecié la sabiduría de mi padre al quemar todos mis libros y recuerdo que me enojé mucho. Por miedo o por instinto, mi papá había hecho lo justo. En mi biblioteca había de todo: Marx, Engels, Trotsky, Fanon, Che, Mao, Neruda, Benedetti... Si los militares o los de la Coordinación Federal hubieran encontrado mis libros, con seguridad hoy no estaría contando esta historia. Los allanamientos. La quema de libros. Las bombas. Los militares y la derecha armada en la calle y dentro de la escuela. El miedo. Fue un período muy traumático. Al igual que a miles de argentinos, después del golpe militar del 76, a nuestra familia no nos quedó otra opción que irnos del país.

EN ISRAEL

A principios de noviembre del 76, con la ayuda de la Agencia Judía, recalamos en Israel mis padres, mis hermanos y yo. A partir de ese momento mi familia se separó en distintas ciudades: mis padres y mi hermana en el *merkaz klitá* (residencia para inmigrantes) en Haifa, Jorge en otro *maón* (residencia) cerca de la escuela donde estudiaba en Tel-Aviv, Roberto en el *maón studentim* (residencia estudiantil) de la Universidad de Haifa y yo en el Kibutz Gan Shmuel, cerca de la ciudad de Hadera, donde estudié hebreo y trabajé durante cuatro meses. Nunca más volveríamos a vivir toda la familia junta, ni en la misma ciudad, ni en el mismo país. Jamás se me habría ocurrido que años después, mientras escribo esta historia, toda mi familia estaría dispersa por el mundo, ni que estableceríamos raíces en cinco países diferentes: mis padres en Argentina (adonde volvieron a mediados del 77, después de vivir diez meses en Israel), Roberto en Brasil, Jorge en Noruega, Paula en Israel y yo en los Estados Unidos. Así se esfumaron los planes de vida de mis padres, que sus hijos vivan cerca de ellos y, así también, poder ver crecer a sus nietos.

Gan Shmuel, con cerca de quinientos miembros y de varias centenas de otras personas, entre aspirantes a miembro, voluntarios extranjeros, soldados y el *ulpán* (programa para estudiar hebreo, donde también se trabajaba cuatro horas al día), era suficientemente grande para darle a

uno la sensación de estar en un pueblo pequeño. Gan Shmuel era uno de los *kibutzim* más ricos y sus principales fuentes de ingreso eran una fábrica multimillonaria de procesamiento de cítricos de exportación, donde muchos de los voluntarios y de los que estábamos en el *ulpán* trabajábamos, y un gran supermercado que operaba en la ruta cercana al kibutz. Gan Shmuel es muy conocido por la gran cantidad de políticos y artistas que aportó al Estado de Israel. Como la gran mayoría de los *kibutzim*, Gan Shmuel mantenía una economía estrictamente socialista, donde la propiedad, la infraestructura y los medios de producción eran propiedad común de todos los miembros.

Estar en Israel, a fines del 76 y principios del 77, para mí no fue fácil, me costaba mucho estudiar hebreo y al mismo tiempo trabajar en la fábrica de jugo de naranja del kibutz. Al poco tiempo de llegar a Gan Shmuel me di cuenta que la Sojnut (Agencia Judía) me había mandado junto con un grupo de argentinos, la mayoría muy jóvenes, casi todos habían tenido problemas políticos, un grupo de Arajados®, como se le llamaba en esa época a la gente que emigraba a Israel no por propia voluntad, sino por haber tenido problemas políticos. Algunos de estos chicos habían sido torturados o tenían familiares desaparecidos. Uno de ellos era Daniel Tarnopolsky, que más tarde le ganaría un juicio millonario por daños y perjuicios al almirante Massera, él tenía a toda su familia desaparecida. Como el caso de mi familia, muchos de los chicos habían sufrido allanamientos, algunos tenían familiares desaparecidos o ellos mismos habían sido secuestrados y torturados por los militares. En el libro *Los chicos del exilio*, Daniel Tarnopolsky, que llegó a Gan Shmuel unas pocas semanas antes que yo, cuenta cómo cuando salió del aeropuerto en Tel-Aviv, los emisarios de la Sojnut (Agencia Judía) “[lo] llevaron al kibutz [...] y [le] explicaron lo que iba[n] a hacer: que [él] venía para el “ulpam” [sic] para estudiar hebreo, que iba a trabajar y que después de cuatro meses [se] iba a la universidad. Ése era el plan. Todos hablaba[n] inglés con acentos terribles. Y, de repente, dos muchachotes [le] preguntaron “¿De dónde venís?”. Contest[ó]: “De Argentina”, y entonces pasaron del inglés al castellano. “¿Venís de la Argentina?”, “Sí, de Buenos Aires”, “Ah, nosotros también. Somos cuarenta”, y de esos cuarenta, [le] aclaran, tres eran sionistas y todos los demás no [...]. No conocía a nadie allí en el kibutz “Gan Schmuel” [sic], pero más adelante cayeron otros que sí conocía y ahí el mundo para [Daniel] se armó. Pero fue terrible en “Gan Schmuel” [sic]. Era una tristeza.”. En *Los chicos del exilio* Daniel narra también cómo en Gan Shmuel, en el 76, ya se sabía muy bien lo que pasaba

en esos momentos en Argentina, en los primeros meses de la dictadura, de los secuestrados, torturados y desaparecidos, “porque varios de los que estaban ahí habían sido militantes y [le] empezaron a explicar mejor la cosa de la militancia y cómo pasaban los secuestros. Ya se sabía. Había inclusive alguno que había estado secuestrado y luego había reaparecido.

Sin duda, los argentinos de Gan Shmuel éramos un grupo problemático, ya que la mayoría habíamos ido a Israel por problemas políticos. Además, muchos habían llegado a Israel sin ser sionistas, incluso algunos de ellos decían ser antisionistas. Otros, como en mi caso, habíamos dejado de ser sionistas al poco tiempo de llegar. Al enfrentarnos a aquella realidad cotidiana descubrimos la falsedad de nuestras expectativas que estaban basadas en un idealismo adquirido en los movimientos juveniles sionistas de Argentina, tanto de izquierda como de derecha, de la Argentina B Ijud Habonim, Dror, Hashomer Hatzair, Betar B. En esos primeros tiempos, mi actitud hacia Israel y el sionismo era la que tenían aquellos chicos pertenecientes a movimientos juveniles sionistas de Argentina que habían dejado la protección de sus casas de clase media o de clase alta. De alguna manera, esperábamos que la vida en Israel sea una continuación de los campamentos de verano y los seminarios de invierno a los que asistíamos cuando éramos miembros del Ijud o de algún otro movimiento juvenil sionista.

A pesar de la falta de valores sionistas que había entre una gran parte de los argentinos en Gan Shmuel y en la *mejina* de la Universidad Hebrea de Jerusalén; en las residencias estudiantiles de la Givá Hatzorfatit (Colina Francesa) y de Reznik, entre fines del 76 y mediados del 77, hubo gente solidaria trabajando para la Agencia Judía. Especialmente argentinos que trató de ayudarnos, proporcionando apoyo social y psicológico para que pudiéramos adaptarnos mejor a las nuevas circunstancias. Me acuerdo en especial de la ayuda que nos brindaron otros exiliados de más edad y experiencia que nos visitaban en el kibutz y, a partir de febrero del 77, en la Universidad en Jerusalén: el escritor y politólogo José Itzigsohn, el escritor y periodista Ismael Viñas (hermano del famoso escritor y profesor de la Universidad de Buenos Aires, David Viñas), el profesor argentino Edy Kaufman de los departamentos de Estudios Latinoamericanos y de Ciencias Políticas de la Universidad Hebrea de Jerusalén, que vivía en Israel desde 1960, y el personal que trabajaba para la *mejina* en Jerusalén. Recuerdo con mucho cariño a Moshe Fass, el director de la *mejina*. Fass escuchaba con mucha paciencia todas mis protestas contra la *mejina*, contra Israel, contra todo. Él me escuchaba con comprensión y aceptaba que yo no fuera

exactamente un estudiante ideal. También me acuerdo con cariño de Daniela, mi consejera académica, una francesa que hablaba el español muy bien, pero con un acento terrible. Aunque probablemente merecía que me echen de la universidad, Moshe Fass y Daniela no me hicieron expulsar de la *mejiná* y, en cambio, me permitieron continuar viviendo en la residencia estudiantil de la Universidad de Jerusalén, el *maón* Reznik, hasta el final del programa, en julio del 77. Yo ya había dejado de asistir a clase desde que había vuelto, a fines de abril, de un viaje de más de un mes por el desierto del Sinaí y el Mar Rojo. A pesar de todo el apoyo que recibía y de toda la gente solidaria que estaba dispuesta a ayudar, yo estaba muy confundido y deprimido. No conseguía concentrarme y estudiar para las clases, también me era muy difícil pensar en conseguir empleo y trabajar para mantenerme.

En esa época, entre los argentinos que nos habíamos tenido que ir apurados y a la fuerza del país había una sensación muy grande de pérdida y desarraigo. En muchos casos había también una mentalidad negativa e irracional y hasta de burla hacia todo lo que tenía que ver con Israel y con el sionismo político. Es interesante, que algunos de ellos que profesaban un antisionismo enconoso habían sido alguna vez miembros y hasta dirigentes de movimientos sionistas-socialistas de Argentina. En sus *Memorias*, Enrique Gorriarán Merlo cuenta que “en 1974 un grupo de cincuenta jóvenes judíos se incorporaron al PRT-ERP en Córdoba. Pertenecían a organizaciones que se definían como sionistas y socialistas, algunos de cuyos miembros se habían conectado en 1973 a través de agrupaciones universitarias ligadas a [su] proyecto. Todos pasaron a desarrollar tareas en distintos frentes políticos y, cuando eran identificados, fueron perseguidos con encono por un régimen particularmente antisemita”. Mario Sznajder y Luis Roniger en el libro *Represión y destierro. Itinerarios del exilio argentino*, revelan que unos años más tarde, en 1976, los A[j]udíos cuyos familiares habían sido detenidos y desaparecidos recurrieron, en su desesperación y en busca de ayuda, a los representantes de la Agencia Judía y a los representantes consulares y diplomáticos de Israel destacados en la Argentina. Por el otro lado, muy rápidamente, personas de origen judío perseguidas o que se sentían amenazadas por la ola de terror y persecución que envolvía a la Argentina, comenzaron también a solicitar ayuda a las instancias mencionadas”.

Entre algunos recuerdos no muy gratos, que tengo de la *mejiná* de la Universidad Hebrea de Jerusalén, sobresale la noche en que descubrí que el Mosad (el servicio de inteligencia de

Israel) estaba vigilando bien de cerca a algunos chicos argentinos que habían sido militantes de Montoneros, un grupo guerrillero de izquierda que mantenía contactos con la Organización para la Liberación de Palestina (OLP). Esa noche, en marzo del 77, Pablo, mi compañero del dormitorio estudiantil de la calle Mevo Dakar 4 en la Givá Hatzorfatit (Colina Francesa), me despertó todo agitado, asustado, casi llorando. Inmediatamente Pablo me dijo que había militado en Montoneros y que acababa de pasar toda la noche siendo interrogado por el Mosad, él me dijo que no le pegaron ni lo torturaron, pero que los interrogadores insistían en que él sabía cosas acerca de los militantes Montoneros de origen judío que en esos momentos se estaban entrenando en el Líbano con los palestinos de la OLP. También le pidieron que espíe a sus compañeros argentinos de la *mejiná* en la Universidad de Jerusalén, para ver si había alguien que tenía contacto con los palestinos. A las pocas semanas que se lo llevaron los del Mosad, Pablo se fue de Israel a España y poco tiempo después volvió a Argentina. En esa época yo pensaba que Pablo se había vuelto loco, que estaba imaginando cosas. No me podía entrar en la cabeza que podía haber chicos judíos entrenándose en el Líbano o colaborando con la OLP, tampoco podía creer que los servicios de inteligencia de Israel estaban vigilando a los chicos argentinos, estudiantes de la *mejiná*. Fue grande mi sorpresa cuando, mientras escribía este trabajo, descubrí en el libro *El tren de la victoria* de Cristina Zucker, hija de Marcos Zucker, el famoso actor judío-argentino, que el hijo del actor había estado en el Líbano recibiendo entrenamiento militar y que, en general, era cierto que habían habido jóvenes judíos entrenándose con la OLP en los años 70. Fito, una de las fuentes consultadas por Cristina Zucker, cuenta como “en el Líbano [...] [t]odos [se] reía[n] cuando Pato [Zucker] se tapaba para que no se dieran cuenta que estaba circuncidado, pero para los palestinos era un orgullo que hubiera judíos compartiendo la causa [...]. Los expedientes de la inteligencia militar argentina abundan sobre esta visita [...]. Los palestinos preferían que no [se] mostr[aran] mucho: un grupo de argentinos circulando en ese país [era] como la mosca en la leche [...]. Respecto del trabajo de inteligencia que pudo haber realizado el Mosad, o “la academia”, como suelen llamar al servicio de espionaje israelí, para identificarlos, Fito admite que alguna vez lo pensaron, pero [confiaban] en que cuando [fueran a salir] de allí, [iban] a cambiar de pasaporte para ingresar al país.”

A principios de abril del 77 con un grupo de argentinos, entre los que había amigos platenses de los tiempos del Ijud que estaban de voluntarios en el kibutz Or Haner o estudiando

en el *majón le madrijim* (el instituto de la Agencia Judía en Jerusalén para la formación de líderes de movimientos juveniles sionistas de todo el mundo), viajé a dedo por el Sinaí para pasar la semana de vacaciones de *Pesaj* (Pascua Judía) en Nueiba, una playa en el Mar Rojo. En esa época aún pertenecía a Israel y hoy en día es parte, junto con Dahab y Sharm El Sheij, de la “Ribera del Mar Rojo” que pertenece a Egipto. Durante mi estadía en la playa de Nueiba me alimentaba de pita (pan árabe), naranjas y otras cosas que compraba a los beduinos del desierto del Sinaí, que aparecían como un espejismo todas las madrugadas. Tomaba agua que traía en un bidón de una canilla que se encontraba a unos dos kilómetros del lugar donde había acampado con mi bolsa de dormir. No me faltaba nada. Esa fue una semana de experiencias nuevas y muy gratificantes, dormir en la playa, nadar mucho en el mar, olvidarme del tiempo y del mundo en general. Lo más importante de este periodo fue que por primera vez en mucho tiempo pude comenzar a pensar con tranquilidad en construir un plan de acción para adaptarme a las nuevas circunstancias de mi vida. A acostumbrarme a la idea de que era muy probable que ya no volvería a vivir ni con mis padres ni tampoco en Argentina. Me empecé a dar cuenta que tendría que crear nuevos marcos de referencia para adaptarme a esta nueva realidad. Todavía no se me había ocurrido la posibilidad de que yo podría llegar a vivir en un país que no fuera Argentina o Israel. Al terminar la semana de vacaciones, cuando llegó la hora de volver para recomenzar las clases en Jerusalén, no conseguí juntar las fuerzas necesarias, que en esa época me parecían sobrehumanas, para subir al ómnibus que me llevaría de regreso. Tomé una de las decisiones más importantes de mi vida, por primera vez, sin consultar con nadie. Me quedé en la playa de Nueiba cerca de un mes, hasta que me saqué las ganas de estar solo sin hacer otra cosa que no fuera dejar pasar el tiempo. Cuando me harté del mar y la arena volví a Jerusalén, pero con la resolución de no volver a estudiar más en la universidad o, por lo menos, de no asistir más a clase. Aunque dejé de ir a clase, continué viviendo en el dormitorio estudiantil de Reznik, en el Monte Scopus y me dediqué casi exclusivamente a pensar sobre mi vida, a hablar por largas horas con otros argentinos y con gente de otros países sobre la vida y el mundo en el que nos estaba tocando vivir, buscando ideas que me ayuden a decidir qué hacer y a dónde ir.

En ese tiempo, por primera vez, empecé a pensar en la necesidad de ganarme la vida. Estaba rodeado de gente de mi edad que lo único que hacía era estudiar y trabajar para pagar la comida, el alquiler de un cuarto y las necesidades básicas. Algunos tenían padres ricos que les

daban dinero y no tenían que trabajar. Como mis padres no podían darme nada de dinero, yo tenía que ganarme la vida y vivir pobremente, aunque en esa época no permití que la falta de dinero afecte mi plan de pensar y aprender a vivir. No fue fácil. Fuera de una beca muy pequeña que me había dado el gobierno de Israel, nadie me podía ayudar. La beca y un poco de dinero que ganaba trabajando unas horas por semana en la *Sifriá Leumit* (Biblioteca Nacional) (en el campus de Givat Ram de la Universidad Hebrea) apenas alcanzaban para pagar el cuarto en la residencia estudiantil de Reznik. Me acuerdo que yo sentí mucha envidia de algunos chicos argentinos cuyos padres les enviaban dinero para vivir y para viajar en las vacaciones, no solo a Argentina (a los que querían volver de visita), sino también a Europa, a EEUU, a Sudáfrica y a otros lugares. En esa época, como en la canción de Moris, no tenía mucho que comer. Prácticamente, lo único que comía en esos días eran fideos hervidos con margarina, salchichón y *humus* (pasta de garbanzos) con pan que compraba en el supermercado y pasas de uva y dátiles que compraba muy barato a los árabes en el *shuk* (mercado árabe) de la ciudad vieja de Jerusalén. A veces, me daba el lujo de comer un plato de *humus* o un falafel en algún puesto de comida del centro o en el *shuk*. Otras veces algún amigo argentino que estaba de voluntario en algún kibutz venía a visitarme y traía frutas, café y cigarrillos Dubek, unos cigarrillos de muy mala calidad que les regalaban a los voluntarios en los *kibutzim*. A veces, cuando visitaba a mis padres en Haifa me llevaba huevos, tomates, margarina y pan que mi mamá conseguía de la cocina del *merkaz klitá*. En esos meses conseguí una changa clasificando y colocando libros en los estantes del depósito que está en el sótano de la *Sifriá Leumit*. Este trabajo me lo consiguió Pablo, mi compañero de cuarto en la *mejiná* que trabajaba allí desde hacía un tiempo, y, sin duda, este fue el trabajo más aburrido que jamás hice. En esa época había varios argentinos trabajando en el sótano de la *Sifriá Leumit*. Para pasar el tiempo, cuando no aguantábamos más la monotonía de clasificar los libros en los estantes, fumábamos y discutíamos de política argentina e israelí o simplemente nos sentábamos en el piso y, en lugar de poner los libros en los estantes, nos poníamos a leer cuando encontrábamos algo interesante.

A principios de septiembre de 1977 mis padres volvieron a la Argentina y Roberto y yo nos fuimos a trabajar de voluntarios al kibutz Kfar Blum en la alta Galilea, cerca de la ciudad de Kiriath Shmona. En Kfar Blum tuve una experiencia muy buena conviviendo con un grupo de chicos y chicas de diferentes países. En este kibutz conocí mucha gente de todo el mundo, había

voluntarios ingleses, irlandeses, suizos, holandeses, escandinavos, sudafricanos y de otros países, pero no había argentinos ni sudamericanos. En esa época, por primera vez en mucho tiempo, empecé a divertirme, a pasarla bien. Los voluntarios organizábamos actividades todo el tiempo, una discoteca, partidos de fútbol, colarnos de noche en la pileta de natación del kibutz. A pesar de que el trabajo, como en Gan Shmuel, era pesado y tedioso, en Kfar Blum me gustaba mucho trabajar. La mayor parte de mi estadía en este kibutz trabajé al aire libre en la cosecha de manzanas, que comenzaba a las cinco de la mañana y terminaba a la una del mediodía. Había un descanso de media hora a las diez de la mañana para comer algo y nadar un rato en el río Jordán, que pasa por el medio de las plantaciones, con otros chicos y chicas que también estaban de voluntarios. Las casas en que vivíamos eran unas viejas cabañas de madera con un baño colectivo que estaba afuera. La comida era abundante y de buena calidad, aunque un poco monótona. Los voluntarios comíamos en el *jadar ojel* (comedor comunitario), donde también comían algunos de los miembros del kibutz. La mayor parte del tiempo había verduras, ensalada, huevos, pasta, productos lácteos y, por supuesto, manzanas y otras frutas que el kibutz producía. La única carne que servían era la de pollo, dentro de la sopa o en forma de albóndigas. Los viernes la comida era mejor, ya que servían pollo al horno y algún postre o torta. El kibutz nos daba una mensualidad de cerca de 50 dólares, que nos gastábamos mayormente en cigarrillos de marca Time, que eran de mejor calidad que los Dubek que nos daban gratis. También nos daban gratis estampillas y papel de cartas, café turco e instantáneo y té; nos daban ropa de trabajo y nos lavaban toda la ropa.

En Kfar Blum conocí a Bernadette, una chica pelirroja de ojos azules de Irlanda del Norte, dos años mayor que yo, que había vivido toda su vida en el barrio católico de Belfast, que poco tiempo después fue mi novia. En esa época, Bernadette y yo teníamos mucho en común, al igual que yo, ella también había tenido problemas con los militares que dominaban su país y pertenecía a una minoría religiosa. Los dos veníamos de vivir un período violento en nuestras propias vidas y en la historia de nuestros respectivos países. Ella había quedado marcada por el conflicto en Irlanda del Norte, los *troubles* en el Ulster, y yo por la dictadura en Argentina de los años 70. Conviviendo diariamente con chicos y chicas de Europa y Estados Unidos, Bernadette y yo nos dimos cuenta que crecer y vivir en ambientes de violencia política como de los que ella y yo proveníamos, tanto en Irlanda del Norte como en Argentina de los años 70, no era algo

normal. Nosotros dos apreciábamos la libertad que representaba el kibutz, entre los voluntarios, donde nadie era atacado o criticado por sus ideas políticas o por su religión.

En el mes de octubre me fui de Kfar Blum y volví a Jerusalén donde estuve unos días durmiendo en el piso del cuarto de Roberto en la residencia estudiantil de Reznik. Con muy poca plata me fui a dedo a Or Haner, un kibutz fundado por argentinos del Ijud Habonim, en el desierto del Negev, adonde habían emigrado algunos de mis *madrijim* (líderes del Ijud). Me dejaron quedarme de voluntario temporalmente por unas tres semanas hasta que llegó un grupo de voluntarios escandinavos. En realidad no tenían lugar para mí, pero gracias a un ex-*madrij* conseguí un lugar para estar por unas semanas. Unos días antes de que llegue el grupo de escandinavos volví a Jerusalén, donde estuve hasta fines de diciembre del 77 parando en el piso de los cuartos de Reznik de amigos argentinos y, a veces, en el departamento que mi amigo David Mibashan alquilaba con un israelí. En esa época, varias noches por semana David trabajaba de cajero en el hotel Hilton. Nuestro arreglo era que tres o cuatro veces por semana, cuando a él le tocaba trabajar de noche, yo podía usar la cama de su cuarto hasta las siete de la mañana, después de las siete, cuando David volvía del trabajo, yo me pasaba al piso del living a dormir en mi bolsa de dormir. En enero del 78 recalé en el kibutz Ein Harod Meujad, en Galilea, donde trabajé hasta principios de marzo como *madrij* (guía) de un grupo de chicos y chicas brasileiros que fueron a Israel a pasar el verano trabajando en la cosecha de naranjas. Ellos participaban del plan *Tapuz* (naranja) manejado por la Agencia Judía, dirigido a jóvenes latinoamericanos del hemisferio sur Bprincipalmente argentinos y brasileiros, pero también chilenosB, en el cual cosechaban naranjas o realizaban otras tareas en algún kibutz de Israel durante dos meses, en el verano de América del Sur. En los dos meses que trabajé en el Kibutz Ein Harod conseguí ahorrar cerca de mil dólares, toda una fortuna para mí en esa época. A principios de marzo del 78 volví a Jerusalén, donde comencé a trabajar de mensajero en la agencia de viajes Dafna Tours. Este trabajo me gustaba mucho porque en la agencia me daban una *kartisiá* (pase semanal) gratis para viajar en todos los colectivos y así me pasaba toda la mañana andando por la ciudad retirando pasajes de avión de las líneas aéreas y repartiéndolos a las casas de los clientes. Trabajaba de ocho de la mañana hasta el mediodía. En realidad, me pagaban para hacer lo que más me gustaba hacer en esa época, dar vueltas por la ciudad. Después del trabajo, todos los días dormía la siesta, casi todos los días iba al cine del *maón* de

Reznik, donde cada noche daban una película diferente, por un precio muy bajo. A veces iba al *moadón* (club) de Reznik a visitar a mi hermano Roberto y a encontrarme con amigos. Vivía en un departamento ubicado en la calle Haim Haviv 6, en el barrio de Kiriat Hayovel, un barrio de clase obrera, en un cuarto muy pequeño, que en realidad era el cuarto de los placares, que me subalquilaba mi amigo David. El departamento era sucio y sin calefacción ni agua caliente y yo dormía en un colchón en el piso, en mi bolsa de dormir. Para fines de marzo del 78 mis padres me mandaron plata para comprar un pasaje para volver a Argentina. Con este dinero y con lo que gané trabajando en los meses anteriores, a fines de abril del 78, me fui a Dinamarca. Esa era la época del famoso mundial que se jugaba en Argentina, en medio de la dictadura.

EN DINAMARCA

A fines de abril del 78 recalé en Dinamarca. A Dinamarca me había invitado Bernadette, la chica irlandesa con la que había andado en Kfar Blum. Bernadette estaba desde hacía poco en Esbjerg, una ciudad de la costa del mar del Norte. En Esbjerg, a fines de los años 70, había muchos irlandeses que se habían ido de Belfast por problemas políticos o por falta de trabajo. Ellos eran católicos y en ese momento había una gran represión contra los irlandeses católicos por parte de las tropas inglesas en Irlanda del Norte. Unos días antes que yo llegue, Bernadette había alquilado un cuarto en el segundo piso de una casa ubicada en el número 17 de la calle Knudedybet, cerca del centro de la ciudad, a pocas cuadras de un parque que tenía una colección de estatuas modernistas y una laguna con patos. En esta casa vivimos juntos hasta febrero del 79. Pasábamos el tiempo leyendo, escuchando música y escribiendo en nuestros diarios. Teníamos una motocicleta pequeña y en invierno íbamos al centro de Esbjerg, a la biblioteca pública, a sacar libros en inglés y en español y también discos de rock en inglés. En esa época descubrí las canciones de Leonard Cohen y la música de David Bowie y de ABBA, el grupo sueco que en ese tiempo estaba en la cima de su apogeo para los escandinavos y el mundo. Me impresionó mucho que en esa época un país podría tener una biblioteca pública que prestara discos nuevos que recién acababan de salir a la venta. Ese verano anduvimos mucho en motocicleta por las playas de la costa del Mar del Norte.

En septiembre del 78 nos fuimos a Ámsterdam a dedo. A la vuelta de Ámsterdam me

detuvieron los guardias daneses en la frontera con Alemania. Era la época del Mercado Común Europeo, no existía aún la Unión Europea, por lo tanto había que mostrar el pasaporte en todas las fronteras, incluso entre Alemania y Dinamarca. Me llevé una gran sorpresa cuando no me dejaron entrar a Dinamarca y me mandaron al consulado danés en Flensburg a pedir una visa. Viví casi un mes en Flensburg esperando por la visa, primero dormía en un parque y luego en un albergue juvenil donde hice tareas de limpieza a cambio de alojamiento y desayuno. Como no tenía nada de dinero, en el almuerzo y la cena comía sándwiches que preparaba con pan que me guardaba del desayuno y con latas de sardina y sobres de mayonesa que liberaba de algún supermercado de Flensburg. La situación en el albergue era muy desagradable. El encargado había estado refugiado en Suecia durante el periodo nazi y me trataba como a un hijo, pero los otros trabajadores me miraban mal. En esa época, en Alemania aún vivía mucha gente que había vivido el periodo de los nazis. En el albergue de Flensburg esperé pacientemente por la visa. Estaba seguro que me la iban a dar, ya que a mí jamás me habían negado la entrada a ningún lugar. No me podía imaginar que me iban a negar el ingreso a Dinamarca, a un país en el que me sentía como en casa y que conocía muy bien. Después de casi un mes de espera, grande fue mi sorpresa cuando fui al consulado danés y el cónsul con un tonito de burla me dijo: “el Ministerio de Asuntos Exteriores de Dinamarca en Copenhague le negó la visa para volver a Esbjerg”. Volví furioso al albergue, la palabra “sudaca” todavía no había sido inventada, pero yo ya sabía su significado. Estaba claro que el cónsul danés pensaba eso de mí. Pero no me detuvo el hecho de que me negara la visa. El mismo día crucé la frontera entre Alemania y Dinamarca ilegalmente, escondido en el asiento de atrás del Volkswagen Beetle de una mujer que conocí en el albergue de Flensburg. En ese momento me convertí en un inmigrante ilegal en Europa. Al igual que cuando liberaba latas de sardinas y sobres de mayonesa de los supermercados de Flensburg, no sentí la más mínima culpa de haber cruzado ilegalmente las fronteras, tenía que sobrevivir como sea. Me quedé en Dinamarca por varios meses más, pero ya no era feliz como cuando estaba legalmente.

En enero del 79 hice el viaje de tres horas de ida y tres de vuelta de Esbjerg a Copenhague para renovar mi pasaporte argentino. Después de entregar el pasaporte a una chica y de esperar cerca de dos horas en la antesala del consulado, me atendió un hombre engominado con cara de facho que me dijo: “pibe, es hora de afeitarse la barba y de volver al país a cumplir

con la patria. Tomá tu pasaporte, tenés diez días para volver al país”. No tenía salida, en unos pocos días estaría de vuelta en Argentina para hacer el servicio militar, la colimba, o sería desertor y quién sabe cuándo volvería a ver a mi familia y a estar en el país en que nací y me crié. En febrero del 79, Nils Pedersen, un periodista danés casado con una irlandesa del sur, que era muy amigo mío, se ofreció a ayudarme a conseguir asilo político y también a habituarme a vivir en Dinamarca legalmente, para trabajar o estudiar y rehacer mi vida. Lo pensé muy bien y le dije que no. Mis instintos me decían que asilarme en Dinamarca sería algo peor que ser colimba en Argentina, aún durante la dictadura. Decidí volver para hacer la colimba. Le dije adiós a Bernadette y a Dinamarca.

A fines de febrero del 79, después de vivir más de dos años fuera de Argentina, en medio de la dictadura emprendí el regreso al país. Viajé una semana en tren de Esbjerg a Lisboa, paré dos días en París, donde visité a un chico norteamericano que conocí en Israel, y tomé un vuelo de Lisboa a Río de Janeiro. Llegué a Río sin dinero suficiente para comprar el pasaje de ómnibus a Buenos Aires, pero después de pedir dinero y comida durante dos días en la *rodoviaria* Novo Río, conseguí suficiente plata para comprar un pasaje de Río a Buenos Aires de la compañía Pluma. Por motivos de seguridad, en Israel, me habían aconsejado no entrar a Argentina por el aeropuerto de Buenos Aires, Ezeiza. Por esta razón decidí atravesar en ómnibus la frontera entre Brasil y Argentina en Foz de Iguazú, mezclándome con los turistas argentinos que volvían de sus vacaciones de verano. Después de dos días de viaje llegué a la estación de Constitución en Buenos Aires. Una chica brasilera muy bonita, que viajaba conmigo desde Río y que también iba a La Plata, me compró el pasaje de colectivo en el Río de la Plata. Yo no tenía ni un centavo en el bolsillo.

BIBLIOGRAFÍA

COOPER, D., (1972) *La muerte de la familia*, Buenos Aires, Paidós.

FAINGOLD, E., D. (2006) *Diáspora y exilio. Crónica de una familia argentina*, La Plata, Ediciones Al Margen.

GALEANO, E., (1971/2003) *Las venas abiertas de América Latina*, Madrid, Siglo XXI Editores de España.

- GORRIARÁN MERLO, E., (2003) *Memorias de Enrique Gorriarán Merlo. De los setenta a la Tablada*, Buenos Aires, Planeta.
- GUELAR, D., JARACH, V., y RUIZ, B., (2002) *Los chicos del exilio*, Buenos Aires, El País de Nomeolvides.
- LAING, R. D., (1973) *Nudos*, Buenos Aires, Sudamericana.
- POLITZER, G., (1961) *Principios elementales y fundamentales de filosofía*, Buenos Aires, Hemisferios.
- SEOANE, M. y RUIZ NUÑEZ, H., (2003) *La noche de los lápices*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana.
- SZNAJDER, M. & RONIGER, L., (2004) “De Argentina a Israel: Escape y exilio”. En: P. Yankelevich (ed). *Represión y destierro. Itinerarios del exilio argentino*, La Plata, Ediciones Al Margen.
- ZUKER, C., (2003) *El tren de la victoria. Una saga familiar*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana.